

Domingo 3º. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Mt 1,14-20

Resulta llamativo que en el inicio del ministerio público de Jesús a la primera predicación del Reino siguiera la vocación de los primeros discípulos. Las dos acciones con las que se estrenó Jesús fueron la evangelización de Galilea y la creación de un grupo de discípulos: el surgimiento del discípulo es el primer signo de la llegada del Reino. En el relato de la vocación están explicitadas, en síntesis esencial, los rasgos característicos del discipulado: la iniciativa es de Jesús, quien antes de llamar contempla a los hombres, enfrascados en sus quehaceres cotidianos; la invitación de Jesús es imperiosa, pues concede lo que pide: el seguimiento es inmediato; la convivencia con Jesús cambia de profesión y de familia a los llamados. Una predicación de la que no surgen, como primer fruto, discípulos no es evangélica: el Reino aparece donde nacen hombres capaces de dejar lo que son y cuanto tienen por seguir más de cerca a Jesús. Habría que cuestionar, pues, una evangelización que no logra suscitar vocaciones: si no surgen compañeros de Jesús allí donde se le predica, ni se conoce el reino de Dios ni se ha encontrado a Cristo.

14 Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. 15 Decía: «Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio.»

16 Pasando junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que eran pescadores y estaban echando el copo en el lago. 17 Jesús les dijo: «Venid conmigo y os haré pescadores de hombres.»

18 Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

19 Un poco más adelante vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes.

20 Los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon con él.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Marcos sitúa la primera invitación de Jesús al inicio del evangelio. Este dato, que suele pasar desatendido, es relevante: *el primer encuentro de Jesús con personas concretas*, inmediato a su presentación pública como predicador del Reino (Mc 1,14-15; Jn 1,29), se resuelve en *una llamada al seguimiento* (Mc 1,17.20; Jn 1,39).

La vocación de los primeros discípulos (Mc 1,16-20) es, pues, la primera demostración de eficacia de su palabra y de la autoridad que acompaña su hacer personal. Puesto que la narración previa (Mc 1,2-16) no prepara (como en Jn 1,40) ni hace verosímil el seguimiento inmediato (así Lc 5,1-11), Jesús queda presentado como una personalidad raramente irresistible.

El relato está claramente dividido en dos partes (Mc 1,16-18: vocación de Pedro y Andrés; Mc 1,19-20: vocación de Santiago y Juan), construidas ambas en estrecho paralelismo. Se abren y cierran de forma idéntica: pasando Jesús ve a unos hombres (Mc 1,16.19); éstos, hermanos en ambos casos (Mc 1,16.19), terminaron por ir tras de él (Mc 1,18.20). Este cambio de actividad impone la liberación inmediata de su ocupación previa (Mc 1,16-17.19-20). El elemento que provoca el cambio es *una palabra* de Jesús, que sólo está explicitada en la primera escena (Mc 1,17. 20). Salva de la monotonía que podría producir la similitud de las dos escenas, cierta tensión narrativa que emerge si se las compara: en ambas escenas, Jesús se encuentra y llama a una pareja de hermanos, pescadores; la llamada de Jesús queda, primero, explicitada en la única irrupción del estilo directo (Mc 1,17); luego es solo aludida (Mc 1,20a); además, la renuncia de la primera pareja (Mc 1,18) está menos pormenorizada que la de la segunda, es menos radical (Mc 1,20c): los primeros dejan el trabajo, los segundos, trabajo y hogar.

Estas correspondencias destacan los *datos esenciales de la vocación* según el relato: 1º. La *iniciativa* de Jesús es previa y soberana: Jesús es, en toda la narración, protagonista indiscutido; pasa, ve, habla y es, al instante, obedecido. 2º. El *seguimiento* es consecuencia de una llamada personal y se realiza como un caminar subordinado: la convivencia con Jesús la consigue quien *marche en pos* de él, ... y mientras lo haga. 3º. Se da un *cambio de ocupación* en el llamado: las redes, la barca, el padre, serán sustituidos, todos ellos, por Jesús, sólo él. Jesús reemplaza anteriores quehaceres; *ir tras él* se convierte en la ocupación del discípulo, exclusiva y excluyente; el que le sigue no tiene más que hacer..., ni menos. 4º. En el significativo que en el *centro* del relato esté *una palabra de Jesús*, explícita (Mc 1,17) o sólo narrada (Mc 1,20): revela la naturaleza dialogal de toda vocación. Pero no hay conversación, ni tiempo para convencer; se da una orden que es de seguida de inmediato. El llamado, una vez que 'oye' a Jesús, queda con él en deuda de respuesta. Es quien llama, y no quien se siente llamado, el que provoca la respuesta, quien constituye al llamado en 'responsable' de la vocación.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Estrenando su ministerio, Jesús presenta *su mensaje más importante*, el que lo lanzó a dejar todo cuanto lo había entretenido en su casa y con su gente, le arrancó de los suyos confiriéndole un tarea nueva a su vida; detrás de su vida y

motivo de su muerte estuvo esta predicación del Reino de Dios por venir: todo lo que Jesús enseñó y cuanto hizo por los pueblos de Galilea debe considerarse consecuencia de su propia convicción: "el plazo se ha cumplido, está cerca el Reino de Dios". El misterio personal de Jesús nos resultaría más accesible, si lográramos entender esas palabras suyas, las primeras que el evangelio nos transmite, las que lo sacaron del anonimato lanzándolo al mundo. En ellas se esconde, entero, el secreto íntimo de Jesús de Nazaret y la posibilidad de abrirnos a él para cada uno de nosotros: oíríamos su propia voz y sus exigencias, tocaríamos su persona y sus convicciones, si escucháramos esa su predicación y aceptáramos su convicción de que, estando Dios y su Reino al caer, ha llegado el momento de la fe y de una más radical conversión.

El Reino de Dios era, en tiempos de Jesús, el símbolo de todo cuanto un pueblo creyente esperaba de su Dios: libertad nacional, seguridad política, prosperidad económica, paz religiosa y cumplimiento de la voluntad de Dios serían posibles, siempre y cuando el reinado de Dios se realizara en la tierra. Se esperaba que Dios, un buen día y de forma aún desconocida, se haría presente superando obstáculos y venciendo los enemigos que se oponían al querer de Dios y a la necesidad de sus fieles. Aquello que caracteriza el mensaje de Jesús no era tanto que hablase de un reino por venir, sino el que lo anunciara ya cercano, próximo, al alcance de la mano... de todo el que se convirtiera. Pero, ¿qué tipo de conversión era la exigida? La expresa Jesús, al añadir a su anuncio: "y creed en el evangelio", es decir, creed en cuanto estoy por deciros, prestad fe a cuanto estoy por hacer. Precisamente porque el Reino de Dios está a las puertas, el plan de Dios y vuestros deseos más íntimos están a punto de realizarse: hace falta tan sólo creérselo. Dios no puede acercarse, por ganas que tenga, a quien no se le confía; Dios no reina sobre desconfiados. El reino de Dios se implanta en el corazón de su confidente.

Y es aquí donde, evidentemente, nacen nuestros problemas: hoy ni siquiera nosotros, los creyentes de Jesús, damos fe al evangelio de Jesús, a su anuncio de un Dios cercano y de un reino por venir. La conversión más profunda, la más difícil también, que Dios sigue queriendo de nosotros es la de fiarnos de Él, la de confiar en sus promesas, la de tomar en serio su palabra. Quiere darnos un mundo nuevo, desea aproximarse a nuestros problemas de forma más eficaz y colmar nuestros deseos mejores, la nostalgia de amor y de seguridad que todos alimentamos; pero nosotros no nos lo podemos creer o, simplemente, no lo queremos. Hacemos vanos sus mejores proyectos sólo porque nos encuentra incrédulos, incapaces de conceder que Dios pueda tener interés en un mundo como el nuestro, en personas como nosotros: desconfiados, sin esperanza, sin ilusión para soñar algo mejor de cuanto podemos darnos, ahogando incluso los mejores sentimientos por temor a que no los podamos satisfacer, no ponemos a prueba a Dios; porque, acaso sin percibirlo, hemos perdido la esperanza de que Dios pueda arreglar nuestra vida y nuestro mundo, estamos expulsando a Dios de nuestra vida: un Dios que no nos garantice el porvenir, es un Dios sin futuro en nuestra vida, sin fortuna, sin 'reino'.

En realidad, no es Él quien más pierde, sino nosotros: por no creernos cuanto nos ha prometido, nos perdemos a Dios y a su reino. Si tanto perdemos, ¿por qué no aventurarnos y creerle?; ¿por qué no convertirse a la esperanza y tenerle a Él como nuestro porvenir? Ganaremos en fe y en ilusión, en confianza y en seguridad: ¡cambiaríamos el mundo, si empezáramos por convertirnos a las promesas de Dios! No puede quedarse el mundo como es, como lo hemos conocido, como nos ha sido dado, como nos lo quieren forjar aquellos que no reconocen a Dios o no les importa su reinado. Si, como Jesús, estuviéramos convencidos de que Dios va a reinar, que está ya en camino, que nuestros sueños mejores se realizarán, nos convertiríamos a su evangelio y en sus discípulos. No debemos permanecer indiferentes, precisamente porque todavía la realidad es tan diversa, tan contraria, tan alejada del evangelio de Jesús: la ausencia de Dios en nuestro mundo y la no implantación de su voluntad en nuestra tierra, lejos de desanimarnos, debería hacer más ardiente nuestra esperanza y más profunda nuestra fe; saber que todavía no está Dios totalmente con nosotros, tendría que hacer más urgente nuestra nostalgia de Él y más segura nuestra certeza.

Es significativo que Jesús, inmediatamente después de haberlo anunciado, tras apenas haber dicho que Dios está por venir, haya ido al encuentro de dos parejas de hermanos para invitarles a que le sigan: quien está realmente convencido de la proximidad de Dios, empieza por convencer a quienes se aproxima; mientras Jesús se encontraba de camino, predicando el reino, llamó a su seguimiento a quien se topó con él. No podía anunciar la cercanía de Dios desde el retraimiento o la lejanía de los hombres. Como primer fruto de ese reino por venir, surgió en torno a Jesús un grupo de hermanos que renunciaron a cuanto traían entre manos (una profesión, las redes) y cuanto llevaban en su corazón (la familia, el padre): los discípulos de Jesús son el primer resultado de la predicación del Reino. Quien sabe que Dios está cercano, termina por acercarse a Jesús, tanto como para quedarse con él mientras predica el Reino.

No se entiende bien que tras tantos años de evangelización, llevemos tan pocos recorridos junto a Jesús; ni es comprensible que quien desee tener cercano a Dios, no viva cerca de Cristo, sin olvidar sus palabras ni alejarse de su voluntad. El anuncio del Dios cercano y la convivencia de unos hombres señalan el inicio del ministerio de Jesús: éstos son también nuestros orígenes. Si queremos mantenernos fieles a ellos, debemos fe al evangelio de Dios y seguimiento a Jesús. Nuestra conversión pasa hoy por una aceptación más consciente de Dios en nuestras vidas, por una apertura menos reticente a su querer; y ello es sólo posible si, lográndonos liberar de cuanto nos ata, nos hacemos discípulos de Cristo de por vida. No nos tendría que preocupar lo que tengamos que dejar por seguirle; puesto que es lo que conseguiremos si nos unimos a él cuanto realmente importa. Estamos en lo cierto si tememos deber abandonar algo de lo que disponemos y nos inquieta ponernos a su entera disposición; pero saldremos ganando, teniéndole a él junto a nosotros y a Dios como futuro.